

**José M<sup>a</sup> G<sup>a</sup> Gómez-Heras (2010), *En armonía con la naturaleza: reconstrucción ambiental de la filosofía*. Madrid: Biblioteca Nueva. 496 pp. ISBN: 9788499401614**

José María García Gómez-Heras es, sin duda, una de las voces de habla española más autorizadas para hablar del medio ambiente desde una perspectiva filosófica. Catedrático emérito de la Universidad de Salamanca, hizo de esa ciudad la cuna de la ética ecológica en España cuando los problemas ambientales apenas se vislumbraban en los discursos académicos y políticos del país. Sus varias décadas de dedicación a la filosofía medioambiental se han plasmado en decenas de obras individuales y colectivas. Entre sus monografías merecen destacarse, por su conexión directa con la que aquí nos ocupa, *Ética del medio ambiente: problemas, perspectivas, historia* (Tecnos, 1997) y *La dignidad de la naturaleza: ensayos de ética medioambiental* (Comares, 2000). También el magisterio de Gómez-Heras ha dado fruto abundante, generando a su alrededor un núcleo de preocupación filosófica por la ética ecológica y, más en general, por la ética (o acaso habría que decir filosofía) aplicada, en el que destacan Teresa López de la Vieja, Enrique Bonete Perales, David Rodríguez y, en lo medioambiental, especialmente Carmen Velayos.

Conociendo los antecedentes de su autor, resulta menos sorprendente que el libro a cuya lectura aquí se anima consiga lo que promete su subtítulo: una auténtica reconstrucción ambiental de la filosofía. Pero la merma que afecta al asombro no alcanza a la admiración por el buen éxito en semejante empresa. Sí, Gómez-Heras nos lleva desde los presocráticos a la *deep ecology* sin desfallecer. Su guía en esta ruta tiene cartografía fenomenológica y hermenéutica. Si hemos de dar nombres propios para sus hitos, descuellan los de Husserl (con su diagnóstico de una *crisis de las ciencias europeas*) y Jonas (con su propuesta de un *principio de responsabilidad*). Debe advertirse que este es un volumen escrito por una persona con un profundo y amplio conocimiento de la historia de la filosofía y seguir su hilo exige cierta familiaridad con ella. Si la tenemos, *En armonía con la naturaleza* urdirá para nosotros una trama densa, tejida con prácticamente todas las fibras filosóficas de Occidente, sin dejar fuera ni a los grandes clásicos helenos y romanos, ni a los gnósticos, ni la teología judeocristiana de todos los tiempos, ni el pensamiento político medieval y renacentista, ni las disputas entre racionalismo y empirismo, ni el romanticismo, ni el marxismo, ni la antropología filosófica, ni la tradición analítica, ni el pensamiento científico-tecnológico, ni los estudios sociales sobre ciencia y tecnología, ni los de género, ni la estética, ni la ética, ni la metafísica, ni la política actual. Y todo con una intención de-

ISSN 1989-7022

ILEMATA año 2 (2011), nº 6, 173-177



clarada: "integrar el pensamiento medioambiental contemporáneo en la gran tradición occidental, otorgándole carta de legitimidad", haciendo frente así a "quienes vieron en el compromiso ecológico una tarea reservada a colectivos contestatarios marginales o a grupos adictos a la pancarta" (p. 16). No se trata, por tanto, de un mero repaso a las grandes firmas de nuestra tradición filosófica para rastrear su interés, más o menos explícito, en lo natural. La intención es armar todo un marco ontológico y antropológico desde el que elaborar una verdadera filosofía que integre las cuestiones medioambientales en los demás problemas y respalde las acciones políticas encaminadas a proteger la naturaleza –y, con ella, a los seres humanos que la integran. Así se configura un libro frondoso, cuya lectura resultará fluida para quien conozca el paisaje y placentera para cualquiera, entre otras cosas porque sus páginas se ofrecen tan plenas de crítica como carentes de acritud.

El punto de partida es nada menos que el peligro de extinción de nuestra especie a manos de sí misma. El primer capítulo, que describe en parte esa amenaza, puede desencantar a las personas más exigentes por su aparente recaída en algunos de los tópicos de lo que el propio autor denomina el ensayo medioambiental. Pero, a medida que la lectura avanza, va desprendiéndose del papel sustancia filosófica original y abundante, que, después de volver la página casi quinientas veces, cala bien en nosotros. Aunque la catástrofe ecológica permanezca como el gran mal posible que hay que mantener alejado, hay otro mal actual cuya evitación es el objetivo directo del discurso de Gómez-Heras. Este otro mal es prioritario porque está ya entre nosotros, es el causante de la amenaza más grave y puede ser combatido eficazmente mediante la palabra: el imperio del pensamiento tecnológico-utilitario. Este pensamiento, según nuestro autor, ha reducido lo natural a la categoría de recurso material y al ser humano a herramienta explotadora que debe hacer con la materia todo aquello que esté a su alcance, con independencia de cualquier fin. Según nuestro autor, tal modo de pensar ha colonizado incluso la ciencia misma, y lo ha hecho nutriéndose de una tradición, la occidental, que ha separado lo humano de lo natural, convirtiendo ambos reinos en enemigos íntimos. Por eso se justifica un análisis detallado de esa tradición: para buscar en ella la fuente de los problemas y también las soluciones posibles. Esta búsqueda conforma la primera parte del libro, que podríamos llamar ontológica. Tras exponer y criticar con detalle la querencia occidental por el dualismo, primero en los antiguos (capítulo III) y luego en los modernos (capítulo IV), Gómez-Heras llega a una propuesta ontológica alternativa basada en Jonas: la "copertenencia de hombre y naturaleza". Los seres humanos no tenemos una naturaleza, la racional o espiritual, superior a la material o natural o simplemente separada de ella; nuestra materia no

es la fuente de los males sobre los cuales puede elevarnos nuestra alma (espíritu, razón, ...). Sin naturaleza, simplemente no somos: "hombre" y "naturaleza" se necesitan y están hechos de la misma pasta. Esto no quiere decir que seamos simplemente naturaleza. De hecho, Gómez-Heras sigue reservando al ser humano un lugar privilegiado dentro del orden natural, como culmen del proceso evolutivo biológico que sigue en marcha y máximo responsable de su cuidado. Nuestro autor nos propone navegar entre la Escila del fisiocentrismo y la Caribdis del antropocentrismo, aunque su barco se acerque a veces peligrosamente a alguno de ambos peñascos –sobre todo al primero.

La segunda parte del libro, aún más cercana a la acción política que quiere fundar, comienza analizando las representaciones de la ciencia (capítulo V) y de la tecnología (capítulo VI) a lo largo de la historia. Para Gómez-Heras, la actual concepción de la ciencia como forma de dominio, supeditada al utilitarismo tecnológico, no nos vale. Las grandes amenazas contemporáneas son consecuencia de ella. Así pues, debe recuperarse una ciencia que sea mero conocimiento, que provenga de la familiaridad con el entorno y no del examen (en el sentido de la prueba a la que se debe responder) del mismo, y que ofrezca de él una visión holista, no fragmentada. El modelo para esta ciencia no dominadora lo encuentra Gómez-Heras en la biología, como contrapuesta a la física. Frente al cosmos mecánico, predecible e inerte de la ciencia moderna, la biología (y con ella nuestro autor) puede brindarnos un mundo de la vida, unitario, fértil, espontáneo, incluso libre. La ciencia como forma de conocimiento debe ser aceptada y procurada, pero no en solitario: no deben despreciarse ni la estética, ni la metafísica, ni la religión porque también estas formas de conocimiento dan sentido, igual que la ciencia, y es el sentido lo que no podemos perder. Ese sentido nos permite valorar las cosas además de poseerlas, adoptar una perspectiva axiológica y experimentar la copertenencia ontológica propuesta en la primera parte. La ética, como proponedora de fines y dadora de sentido, y no la técnica, como mera razón instrumental, debe ocupar el centro de los quehaceres humanos, dominando las demás actividades y formas de conocimiento; una ética que no puede ser ya la moderna, basada en un sujeto trascendental armado de deberes o en un individuo dominado por la utilidad, sino que debe construirse sobre la prudencia, como ya propuso Aristóteles, y la responsabilidad, al modo de Jonas.

En cuanto a su forma, *En armonía con la naturaleza* tiene un par de defectos y un exceso: se echan de menos un buen índice onomástico y una bibliografía que compile ordenadamente la ingente y provechosa variedad de obras citadas y se echan de más las erratas, que se cuen-

tan por cientos. Tal vez este comentario suene intempestivo pero, ¿qué lugar mejor que una reseña sobre un buen libro para reclamar de nuestra industria editorial más atención a los rudimentos de su oficio, que nunca deben descuidarse como se está haciendo, por mucha crisis que padezcamos?

En todo caso, esas carencias formales no empañan unas páginas valiosas, en las que, como corresponde a toda obra fecunda, se dicen muchas cosas dignas de ser discutidas y con aplicación a la práctica –en este caso, la de los movimientos que habitualmente llamamos ecologistas. Justamente en este respaldo de la práctica es donde aparecen algunos de los mayores retos para el trabajo de Gómez-Heras. A quien albergue ya el convencimiento de que los problemas medioambientales deben ocupar el corazón de la política y, por tanto, de la reflexión filosófica, *En armonía con la naturaleza* le aportará solidez teórica, erudición y una mayor resolución. Pero, ¿qué ocurrirá con quienes permanecen al margen, ignorantes, por fuerza o de buen grado, de toda esa necesaria línea de pensamiento? ¿Podrán los argumentos de Gómez-Heras convencerles? Hablar de copertenencia implica ya una existencia doble que muchas personas rebatirán desde posiciones diversas. A quien niega a la naturaleza la condición de sujeto y, con ella, la posibilidad de copertenencia, ¿cómo se le persuadirá de que debe protegerla?

Es posible que la respuesta tenga que ver con la concepción del hombre y la naturaleza. Esa concepción es probablemente la responsable de que no se acabe de abandonar el dualismo que se quiere, con tanta razón, criticar. Gómez-Heras transmite en su obra una concepción unitaria de ambas ideas: “el hombre” y “la naturaleza”. Pero esa contraposición puede fracasar por ser genérica (en el doble sentido de indeterminada y relativa al género: masculino del hombre, femenino de la naturaleza) y, por tanto, imprecisa y seguramente errada. Las relaciones entre los seres humanos, de diferentes géneros y colectivos, y sus naturalezas, sus entornos naturales, son diversas (también ellas de diferentes géneros). Y precisamente en esta diversidad está la raíz del sentimiento de copertenencia que el autor nos brinda como solución: lo que me copertenece es también lo que me identifica y, por tanto, lo que me hace diferente. Mi/nuestro bosque, nuestras montañas, nuestro parque, nuestro río, nuestro clima, etc. son nuestros, y nosotros de ellos, porque no son de otros. Tal vez tengan los valores intrínsecos que Gómez-Heras les atribuye pero no importa si no los tienen: nosotros los queremos, los apreciamos, y es nuestro propio derecho el que defendemos al cuidarlos, al margen de que protejamos también el suyo. Dicho de otra manera, la copertenencia exige una cercanía que no

puede darse entre una especie y un planeta, pero sí entre personas y su entorno cercano. Es posible integrar lo natural en la acción política a través de las personas que ya están ella y a las que nadie se atreverá a negar su condición de sujetos de derecho; como también es posible integrar a las personas que están fuera de la política (por su condición de minoritarias, diferentes, empobrecidas, marginadas, etc.) proponiendo el cuidado de sus entornos propios. Seguro que muchas personas agradecerían leer un nuevo trabajo en el que Gómez-Heras respondiera a este desafío y desarrollara más los apasionantes problemas que deja solamente apuntados en este volumen de admirable propeútica para la acción ética y ecológica. Ojalá su plausible (es decir, digno de aplauso) esfuerzo tenga continuidad.

Precisamente, si hay algo que no falta en la trama de Gómez-Heras, en su urdimbre y en su estampado, es la continuidad: continuidad entre "el hombre" y "la naturaleza", entre naturaleza y cultura, o entre la primera y la segunda naturalezas, pero también entre las diferentes parte de la filosofía (ontología, metafísica, ética, filosofía natural, ...) entre las diferentes tradiciones filosóficas, entre éstas y otras disciplinas (como la teología, la antropología, la sociología o la biología), y entre teoría y acción. Esta impresionante labor integradora en lo teórico no se entiende sino como un esfuerzo de respaldar la práctica ecológica, que aparece como la continuación natural de *En armonía con la naturaleza*. Por eso su lectura alumbrará a quienes quieran sumergirse con mayores garantías en esa lucha tan necesaria en nuestro tiempo: la de conservarnos y mejorarnos conservando y mejorando nuestro entorno. Lean a Gómez-Heras. No perderán el tiempo y, con suerte, recibirán impulso para participar más activamente en la solución del mayor reto de nuestros días.

**Armando Menéndez Viso**  
Universidad de Oviedo